

ver la imagen misteriosa, su alma la sintió revolotear alrededor de su padre.

—Dot,—preguntó la ciegucecita,—decidme lo que es mi casa en realidad.

—Es una pobre habitación, Berta, muy pobre y muy desnuda. Difícilmente podrá abrigaros el invierno próximo del viento y la lluvia. Está tan mal protegida contra el mal tiempo, Berta,—siguió diciendo Dot en voz baja pero clara,—como vuestro padre con su sobretodo de tela de embalaje.—

La ciegucecita, muy agitada, se levantó, y condujo á un lado á la mujer del mandadero.

—Los presentes de que tanto me cuidaba,—dijo temblando,—los presentes que satisfacían mis menores deseos y recibía yo con tanta gratitud ¿de dónde procedían? ¿Erais vos la que me los enviaba?

—No.

—¿Quién era?—

Dot comprendió que Berta lo adivinaba y guardó silencio. La ciegucecita se cubrió de nuevo el semblante con las manos, pero esta vez de un modo muy distinto.

—¡Un instante, Dot! ¡un solo instante! Acercaos un poco. Hablad más bajo. Sois sincera, lo sé. ¿No me engañaréis?

—No, Berta; os lo prometo.

—Estoy segura de que no lo haréis. Harto os apiadáis de mí para engañarme. Dot, mirad el lugar en que estábamos un momento há, y decidme lo que veis.

—Veo,—respondió Dot, que la comprendía perfectamente,—un viejo sentado en una silla dejándose caer sobre el respaldo,

con la cara apoyada en la mano como si necesitase el consuelo de su hija.

—Sí, sí, su hija le consolará. Continuad.

—Es un viejo gastado por el trabajo y los pesares; un hombre flaco, abatido, pensativo, cuyos cabellos blanquean. Le veo en este instante desesperado, inclinado profundamente, ahogado por el peso de sus penas. Pero, Berta, no temáis; otras veces le he visto luchando con valor y constancia por un fin noble y sagrado. Por ello rindo homenaje á su cabeza gris y la bendigo.—

La ciegucecita la dejó bruscamente, y arrojándose ante su padre, tomó su cabeza blanca y la estrechó contra su pecho.

Caleb no hallaba palabras bastantes para expresar su emoción.

—No hay en el mundo una cabeza hermosa y noble,—exclamó la ciegucecita permaneciendo en la misma actitud,—que yo pudiese amar tan tiernamente, querer con afecto tan generoso como ésta; cuanto más blanca y triste sea, más la querré. Que no me digan más que soy ciega. No habrá una arruga en este semblante, ni un cabello en esta cabeza que en el porvenir sea olvidado en los ruegos y en las acciones de gracias que dirija al cielo!—

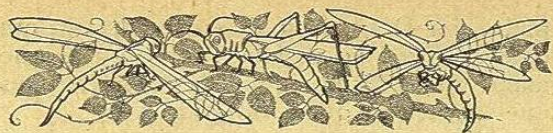
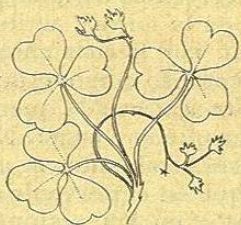
Caleb quiso balbucear:—¡Berta mía!

—Y en mi dolencia, ¡cuán ciega estaba! —murmuró la joven mezclando con sus caricias lágrimas de verdadera ternura;—¡le creí tan distinto! ¡Tenerle junto á mi día tras día, siempre preocupado por mi causa, y no haber pensado nunca en ello!

—¡Un pisaverde, Berta, un pisaverde con

su traje azul,—dijo el pobre Caleb.—Berta mía!

—Nada se ha marchado,—respondía Berta,—queridísimo padre. Todo permanece con vos. El padre á quien tanto amaba, el padre á quien nunca he amado ni conocido bastante, y el bienhechor que empecé á reverenciar y amar porque manifestaba tan tierna simpatía por mí. ¡El alma de cuanto me fué más caro permanece aquí, aquí, con el rostro marchito y la cabeza blanca!



V

TODA la atención de Dot, durante este discurso, se había concentrado en el padre y la hija; pero al dirigir la mirada al segadorcito que permanecía en la pradera morisca, vió que iba á dar la hora dentro de algunos minutos y cayó inmediatamente en un estado pronunciadísimo de agitación nerviosa.

—Padre mío,—dijo Berta vacilando,—María...

—Sí, hija mía,—respondió Caleb,—aquí está.

—No habrá variado. ¿No me habéis dicho nada de ella que no sea cierto, verdad?

—Temo que lo hubiera hecho, hija mía,—respondió Caleb,—si hubiese podido figurármela mejor de lo que realmente es. Pero por poco que la hubiese cambiado, la hubiera hecho disfavor.—

Aunque la ciegucecita preguntase á su

padre por Dot con la mayor confianza, era delicioso ver la alegría y el orgullo que manifestó al oír la respuesta de Caleb y las nuevas caricias que prodigó á Dot.

—No obstante, amiga mía, —insinuó ésta,—pueden ocurrir más variaciones de las que os imagináis. Variaciones para mayor bien de todos; variaciones que causarán gran alegría á algunos de nosotros. Si alguna variación debe conmoveros, ha de ser la que ocurrirá; y es necesario que no os dejéis arrastrar por una emoción demasiado viva. ¿No es un rumor de ruedas lo que se oye en el camino? Vos, que tenéis tanta delicadeza de oído, Berta, decidme si son ruedas.

—Sí, y avanzan con gran rapidez.

—Bien... bien... bien sé que tenéis gran finura de oído,—dijo Dot con la mano sobre el corazón y hablando evidentemente tan aprisa como podía para disimular mejor sus latidos,—y lo sé, porque lo he notado con frecuencia, sobre todo ayer por la noche, al veros reconocer con tanta prontitud el paso del extranjero, aunque no sepa por qué dijisteis, (y me acuerdo bien de ello), «¿De quién es este paso?» y por qué lo notasteis con más atención que otro paso cualquiera. Sí; como os decía ahora mismo, ocurren grandes variaciones en el mundo, grandes variaciones, y lo mejor que podemos hacer es disponernos á no asombrarnos de nada.—

Caleb se preguntaba qué querría decir Dot, al notar que se dirigía tanto á él como á su hija. Vióla con extrañeza tan turbada,

tan agitada, que apenas podía respirar y la era preciso apoyarse en una silla para no caer.

—Son ruedas,—exclamó jadeante,—son ruedas y se acercan. Están próximas, más próximas ya. Dentro de un instante habrán llegado aquí. ¿Oís cómo se detienen á la puerta del jardín? ¿Y este paso que se acerca á la puerta de entrada? El mismo paso



de ayer, Berta, ¿no es verdad?... y no obstante...—

Dot lanzó un grito de alegría, uno de esos gritos que ningún obstáculo puede detener, y precipitándose hacia Caleb, le puso la mano ante los ojos en el mismo momento en que un joven entraba precipitadamente en la habitación, y arrojando el sombrero al aire, se acercaba al grupo.

—¿Ha terminado?—preguntó Dot.

—Sí.

—¿Felizmente?

—Sí.

—¿Os acordáis de esta voz, Caleb? ¿Habéis oído alguna vez una voz semejante á ésta?

—¡Sí mi hijo que marchó á América, á California, viviese aún!—dijo Caleb temblando.

—¡Vive!—exclamó Dot apartando sus manos de los ojos de Caleb y palmoteando. —¡Miradle! ¡Vedle en vuestra presencia, fuerte y sano! ¡Es vuestro querido hijo! ¡Vuestro querido hermano, Berta, que vive y os ama!—

¡Ensalcemos á la criaturilla por sus transportes de júbilo, por sus lágrimas y por sus risas, mientras el padre y los dos hijos se abrazan apasionadamente! Pero ensalcemos también al cuclillo (¿y por qué no?) por haberse precipitado fuera de la trampa del palacio morisco y por haber saludado doce veces á la simpática reunión con su estribillo intermitente, como si también él estuviese loco de alegría!

El mandadero, que entró entonces, retrocedió un poco; no esperaba por cierto hallar tan buena compañía.

—Mirad, John,—dijo Caleb fuera de sí;—miradle. ¡Es mi hijo que ha vuelto de California! ¡Mi hijo, mi propio hijo! ¡El que equipasteis y embarcasteis vos mismo; aquel de quien fuisteis siempre tan buen amigo!—

El mandadero se le acercó para tenderle la mano y se detuvo bruscamente al parecerle reconocer en él las facciones del sordo que había traído en el coche.

—¡Eduardo!—exclamó.—¿Erais vos?

—¡Contádselo todo ahora,—dijo Dot,—y no me compadezcáis, porque estoy resuelta á no ser indulgente conmigo misma!—

—Soy el anciano del coche,—respondió Eduardo.

—¿Y cómo habéis tenido el valor necesario para entrar clandestinamente y gracias á un disfraz en casa de vuestro antiguo amigo?—repuso el mandadero.—Había hallado en vos en otro tiempo un muchacho leal... (¿cuántos años pasaron, Caleb, desde que creímos haber oído decir que había muerto y juzgamos tener la prueba de su defunción?) un muchacho leal que nunca hubiera obrado así.

—También yo conocí en otro tiempo á un amigo generoso, que fué para mí un padre más que un amigo,—dijo Eduardo,—y que nunca hubiera querido juzgar á un hombre, sobre todo á mí, sin oírle antes. Este hombre erais vos. Espero que me escucharéis ahora.—

El mandadero, dirigiendo una mirada llena de turbación á Dot, que se mantenía alejada de él, respondió:

—Sea. Nada más justo; os escucho.

—Es preciso que sepáis que cuando partí de Inglaterra, muy joven aún,—dijo Eduardo,—estaba enamorado y mi amor era correspondido. Se trataba de una jovencita muy niña aún, que quizás (es lo que me objetaréis) no conocía su propio corazón. Pero yo conocía al mío, y sentía vivísima pasión por ella.

—¡Vos,—exclamó John,—vos!

—Sí,—respondió su interlocutor;—y ella me correspondía. Siempre lo he creído así, y ahora estoy seguro de ello.

—¡Cielo santo!—dijo el mandadero.— ¡Sólo esto faltaba!

—Permaneciéndole fiel,—añadió Eduardo,—y volviendo á Inglaterra lleno de esperanzas, después de gran número de peligros y sufrimientos para realizar cuanto estaba de mi parte con relación á nuestro compromiso, supe, á veinte millas de aquí, que mi amada había sido perjura, que me había olvidado y que se entregaba á otro, á un hombre más rico que yo. No intenté dirigirla reprimenda alguna; sólo deseé verla y convencerme por mis propios ojos de la verdad de la acusación. Confiaba en que podían haberla obligado á tomar esta resolución á pesar de sus ruegos y sus recuerdos. Será un consuelo muy ligero, pensé, pero al menos me consolaría un poco. Por esto vine. A fin de conocer la *verdadera verdad*, de observar libremente por mi propio impulso, de juzgar sin obstáculo alguno por parte suya y sin usar mi influencia personal sobre ella (suponiendo que la tuviese) me disfracé... ya sabéis cómo, y me detuve en el camino... ya sabéis dónde.

—Pero cuando tu mujercita supo que Eduardo vivía y que estaba de regreso,—añadió Dot, dirigiéndose á John, con la voz interrumpida por los sollozos, hablando por su propia cuenta como había ansiado hacerlo durante toda la narración del marinero,—y cuando hubo conocido su proyecto, le recomendó expresamente que mantuviese el

secreto, porque su viejo amigo John Peerybingle era demasiado francote y demasiado torpe para ocultar el más mínimo detalle; sí, torpe, torpísimo para todo, incapaz de ayudarle en su proyecto, y cuando ella, es decir, yo misma, John, se lo hubo contado todo, explicándole que su amada le creía muerto, que al fin se había dejado inclinar por su madre á un matrimonio que la pobre anciana llamaba ventajoso, y cuando ella, es decir, yo misma, John, le hube dicho que no estaban casados aún, aunque muy próximos á serlo, y que si se realizaba este matrimonio no consistiría más que en un sacrificio, porque la futura no sentía amor alguno, como él se puso casi loco de alegría al oír esta noticia, entonces ella, es decir, yo misma aún, dije que intervendría como antes había hecho tantas veces, que sondearía el ánimo de su amada, y sabría asegurarse de que no se engañaría en cuanto dijese. Y así es; ¡no se ha engañado, John! ¡Y se han reunido, John! ¡Y se han casado, John, hace una hora! ¡Y aquí está la recién casada! ¡Y Gruffy Tackleton en buen peligro queda de morir soltero! ¡Y soy una mujer enteramente feliz, May, y que Dios os bendiga!—

Ya sabéis, y abramos un paréntesis, que Dot era seductora hasta lo irresistible, pero nunca estuvo tan irresistible como en los transportes de gozo á que se entregó en aquel instante. Nunca se vieron felicitaciones tan tiernas, tan deliciosas como las que se prodigaba á sí misma y á la recién casada.

En medio del tumulto de emociones que se levantaban en su pecho, el honrado

mandadero experimentaba honda confusión. De pronto corrió hacia Dot; pero Dot extendió la mano para detenerle y retrocedió, conservando la misma distancia de antes.

—No, — John, no, oidlo todo. No me améis, John, hasta que hayáis escuchado todo lo que tengo que deciros. Obré mal no confiándoos mi secreto y lo siento. No creí haber obrado tan mal hasta el instante en que vine á sentarme junto á vos en el taburete ayer por la noche; pero cuando pude leer en vuestro semblante que habíais visto á Eduardo, entonces comprendí toda la extensión de mi falta.—

¡Pobre mujercita! ¡cómo sollozaba aún! John quería estrecharla entre sus brazos, pero ella no lo permitió.

—¡No me améis aún, John! Cuando el próximo matrimonio me entristecía, era porque me acordaba de May y de Eduardo, que se habían amado tanto durante su juventud, y porque sabía que el corazón de May estaba á cien leguas de sentir amor por Tackleton. ¿Lo comprendéis ahora, verdad?—

John iba á precipitarse hacia su mujer, pero Dot le detuvo aún.

—No; esperad un poco. Cuando bromeo, como lo suelo hacer algunas veces, John, llamándoos torpe, ansaronazo y dándoos otros nombres semejantes, es por el mismo amor que os tengo, John; y no querría cambiaros en un átomo, aunque fuese para convertirlos en el monarca más grande de la tierra.

—¡Bravo, bravísimo!—exclamó Caleb con desusado vigor.—Esta es mi opinión.

—Y cuando hablo de personas de media edad, de personas maduras, John, y cuando pretendo que los dos hacemos mala pareja, lo digo porque soy una criaturilla y por la misma razón que me hace jugar á damas; sólo en broma y para reir un poco. —

Bien conocía Dot que John iba á aproximarse de nuevo y le detuvo por tercera vez; pero bien próxima estuvo á parar el golpe demasiado tarde.

—¡No, no me améis aún; dejadme un momento ó dos, John! Lo que deseo deciros sobre todo, lo he guardado para el fin. Querido, bueno, generoso John, cuando hablábamos cierto día del grillo del hogar, sentí mariposear junto á mis labios una confesión, que bien cerca estuvo de escaparse, y era que al principio no os había amado tan entera y tiernamente como os amo ahora; que cuando vine por primera vez á esta casa temí no llegar á amaros tanto como deseaba y como rogaba á Dios que me hiciese amaros; ¡era tan jovencita, John! Pero, John, cada día, cada hora os he amado con más entusiasmo. Y si hubiera podido amaros más de lo que os amo, las nobles palabras que os oí pronunciar esta mañana hubieran bastado para ello. Pero ya no puedo amaros más. Toda la afección que en mí conservaba (y tenía mucha afección para derramar, John), os la he dado, como merecéis, hace tiempo, mucho tiempo, y no puedo daros más. ¡Ahora, abrazadme, John mío! Esta es mi casa, John, y no penséis jamás, jamás en hacérmela abandonar para enviarme á otra!—

Jamás sentiréis, al ver una mujer en brazos de su marido, el placer que hubierais experimentado al contemplar á Dot corriendo hacia los brazos del mandadero. Fué la más completa, la más ingenua, la más franca escena de ternura y emoción de que podáis ser testigos durante toda vuestra vida.

Podéis estar seguros de que John se hallaba en un estado de éxtasis indecible, así como también de que á Dot le sucedía lo mismo, y de que todo el mundo se sentía felicísimo, incluso miss Slowboy, que lloraba de alegría, y que, deseando hacer partícipe del cambio general de felicitaciones al chiquitín, le presentaba sucesivamente, por riguroso turno, á cada uno de los asistentes, exactamente igual que si se hubiese tratado de una bandeja de refrescos.

Pero un nuevo rumor de ruedas se oyó al exterior, y alguien gritó que Gruff y Tackleton volvía. Realmente, el digno *gentleman* apareció en seguida con el rostro inflamado y lleno de emoción.

—Veamos, ¿qué diablos ocurre, John Peerybingle?—preguntó al entrar. Es preciso que haya algún error en todo este asunto. He citado para la iglesia á la señora Tackleton y juraría que nos hemos cruzado por el camino, cuando ella venía hacia aquí. ¡Pero si está con vosotros! Os suplico que me dispenséis, caballero, no tengo el honor de conoceros; pero por si queréis hacerme el favor de dejar en paz á esta señorita, os advierto que tiene un compromiso formal para esta mañana.

—Pues no señor, no tengo el menor de-

seo de dejárosela,—respondió Eduardo.— Es imposible.

—¿Qué queréis decir, vagabundo?—repuso Tackleton.

—Quiero decir,—respondió sonriendo su interlocutor,—que os perdono vuestro mal humor, porque conozco que estáis exasperado; por esta mañana permaneceré sordo á vuestras frases groseras, del mismo modo que ayer por la noche lo estaba para todas las frases que se pronunciasen, fuesen las que fuesen.—

¡Qué mirada le lanzó Tackleton, y como tembló!

—Siento en el alma, caballero,—prosiguió aquél reteniendo la mano izquierda de May, y sobre todo su dedo del corazón,—y con particularísimo sentimiento, que esta señora no pueda acompañaros á la iglesia; pero como ya ha estado en ella una vez esta mañana, supongo que la excusaréis.—

Tackleton miró con aire descontento el dedo del corazón de May y sacó del bolsillo de su chaleco un pedacito de papel de estaño, que á juzgar por las apariencias, contenía un anillo.

—Mis Slowboy,—dijo,—¿tendréis la bondad de echar esto al fuego? Gracias.

—Notadlo,—prosiguió Eduardo,—se trata de un compromiso anterior al vuestro, un compromiso muy antiguo que ha impedido á mi mujer su asistencia á la cita que le habéis dado.

—El señor Tackleton me hará la justicia de reconocer que le había confiado mi situación con toda fidelidad, y que más de una

vez,—añadió May ruborizándose,—le he dicho que me sería imposible olvidar nunca á Eduardo.

—Ciertamente,—asintió Tackleton,—ciertamente. Es justísimo; nada hay que añadir.—¿Sois el señor Eduardo Plummer, no es así?

—Este es mi nombre,—respondió el recién casado.

—No os hubiera reconocido, caballero,—dijo Tackleton examinándole con mirada inquisitorial y saludándole profundamente;—os doy la enhorabuena, caballero.

—Gracias.

—Señora Peerybingle,—añadió Tackleton volviéndose súbitamente hacia el lado en que permanecían Dot y su marido,—nunca me habéis tratado con benevolencia, pero he de confesar que valéis más de lo que creía. John Peerybingle, dispensadme. Me comprendéis; esto me basta. No hay nada más que decir, caballeros y señoras. Que todo vaya de mejor en mejor. Adiós.—

Después de haber pronunciado estas palabras, hele partido sin más ceremonia; sólo se detuvo un instante junto á la puerta para despojar la cabeza de su caballo de las cintas y flores que la adornaban y darle al pobre animal un violento puntapié, sin duda con el fin de anunciarle que había surgido algún obstáculo en el curso de los acontecimientos.



VI

Y que no habían de permanecer ociosos ni un solo instante; porque debían pensar seriamente en celebrar aquel día de modo que dejase una estela eterna en el calendario de fiestas y regocijos de la casa Peerybingle. De modo, que Dot se puso á la obra para preparar un festín que cubriese de honor inmortal á su hogar y á los interesados. En un abrir y cerrar de ojos hundió sus brazos en la harina hasta el codo, incluyendo los deliciosos hoyuelos y procurándose el maligno placer de blanquear el vestido de John cada vez que éste se acercaba demasiado, deteniéndola para darla un beso. John lavó las legumbres, mondó los nabos, rompió los platos, derribó las marmitas de hierro llenas de agua fría sobre el fuego, y en resumen, se hizo útil por todos los medios imaginables, mientras que una porción de ayudantas, llamadas á toda prisa de algunos lugares del vecindario, daban contra to-



das las puertas y chocaban en todos los rincones. En cuanto á Tilly Slowboy con el niño en brazos, todo el mundo podía estar seguro de encontrarla donde quiera que fuese. Tilly no había dado nunca hasta entonces tales muestras de actividad; se multiplicaba prodigiosamente y su ubicuidad era objeto de la admiración general. Se la hallaba en



el corredor á las dos veinticinco minutos, verdadero escollo con relación á los que entraban; en la cocina á las dos cincuenta minutos, á modo de trampa; en el granero como un armádjio á las tres menos veinticinco minutos. La cabeza del chiquitín ejerció de piedra de toque respecto de toda materia animal, vegetal ó mineral que tu-

viese á su alcance; ó por mejor decir, no estuvieron aquel día en movimiento personas, muebles ni utensilios que no trabasen en un momento dado íntima amistad con la cabeza del niño.

Luego se formó una gran expedición destinada á ir á buscar á la señora Fielding para darla conmovedoras muestras de pesar por su ausencia, y conducirla, de grado ó por fuerza, á sentirse feliz y á perdonarlo todo. Y cuando la expedición exploradora hizo su primer reconocimiento, la señora Fielding no quiso oír ni una palabra al principio; repitió un número incalculable de veces que había vivido hasta entonces con el único fin de llegar hasta aquel día; que no se le pidiese nada más; que sólo debían conducirla á la tumba, cosa que parecía absurda, porque estaba viva, y muy viva; y al cabo de algún tiempo cayó en un estado de tranquilidad de mal augurio y observó que en la época de la famosa catástrofe ocurrida en el comercio de índigo, había previsto ya que durante toda su vida quedaría expuesta á toda clase de insultos y ultrajes; que, por lo tanto, no se extrañaba de lo ocurrido, y que suplicaba que nadie se ocupase de ella en lo más mínimo (¿qué era ella en realidad? ¡Dios mío, nada! ¡Un cero á la izquierda!) Y por fin, que procurasen olvidar que una criatura tan mísera hubiese existido, y que todo el mundo siguiese su camino como si ella no hubiese vivido jamás.

Pasando de este tono amargo y sarcástico á un lenguaje inspirado por la cólera,